

# *Modernidad y Posmodernidad y su incidencia en las transformaciones del discurso político en Uruguay y Argentina\**

Susana Mallo. Adriana Marrero

## Introducción

La producción y reproducción de la sociedad, como resultado de la práctica de los sujetos, tiene entre sus momentos privilegiados, la constitución del significado a través de códigos interpretativos utilizados por los propios sujetos en la interacción, y las relaciones de poder que expresan y mantienen la asimetría en las relaciones sociales. A ambos momentos se encuentra asociado el discurso político, que puede ser entendido a su vez, como momento de la práctica constitutiva de aspectos relevantes de lo social, por parte de algunos sujetos privilegiados, los actores políticos, en el marco de situaciones históricas dadas. La mutua interrelación entre discurso y práctica, nos habilita a considerar las transformaciones producidas a nivel lingüístico como indicativas de transformaciones producidas a nivel de la práctica. Ya que aquellas son más accesibles que éstas a la investigación, recurriremos al análisis del discurso y a la dicotomía construida en base a tipos ideales de "modernidad" y "posmodernidad", para procurar dar cuenta de algunas transformaciones que se han venido produciendo en la práctica política del Uruguay y de la Argentina en los últimos tiempos.

En nuestra investigación, la elección de las categorías de modernidad y posmodernidad se ha fundado, sobre todo, en criterios de utilidad, por lo que no debe interpretarse como un compromiso con el uso de tales categorías para la interpretación global de la cultura contemporánea.

\* Este trabajo ha sido discutido conjuntamente. La elaboración de las partes: Introducción, I, II y III Uruguay correspondió a Adriana Marrero. Las partes III Argentina y conclusiones, fueron realizadas por Susana Mallo.

## I. La modernidad

La cultura de la modernidad, puede ser caracterizada, a nuestros efectos, a través de los siguientes elementos:

A) Secularización de las relaciones sociales como consecuencia de la ruptura con la fundamentación trascendente del universo. En virtud de lo que Weber ha denominado el proceso de desencantamiento del mundo, el orden social ya no es entendido como "recibido" en virtud de las visiones unificadoras del mundo, sino como "construible" a través de un proceso de racionalización de los distintos dominios de la cultura y una especialización y separación de los mismos. La razón sustantiva, expresada hasta el S. XVIII en la religión y la metafísica, se escinde en la modernidad en tres esferas autónomas –ciencia, moralidad y arte– que se organizan según criterios específicos de validez –verdad, derecho normativo y belleza– y se estructuran en formas también específicas de racionalidad –cognoscitivo instrumental, moral práctica y estético expresiva. El desarrollo de cada una de las esferas, aunque sometido al control de especialistas y por tanto eventualmente desvinculado de la praxis cotidiana, debería promover, según el proyecto original del iluminismo, no sólo el control de la naturaleza, sino también el progreso moral de la humanidad y la felicidad del hombre.<sup>1</sup>

B) La concepción de un futuro ascendente que puede aparecer como utopía. La utopía no es eliminada por el desencantamiento del mundo, sino más bien secularizada, y permanece durante toda la mo-

1 Habermans, Jürgen. *Modernidad, un proyecto incompleto* en Casullo, Nicolás Comp. "El debate modernidad pos-modernidad", Bs. As., Puntosur Ed., 1989, pág. 137, 138..

La consigna "*Para que el pueblo lo decida*" emerge, predominando sobre la anterior en momentos que se debatía el alcance y estrategia política del Movimiento.

Su texto aparece más ambiguo de contenidos específicos pero, en tanto medio de la fuerza "centrí-fuga" del Movimiento, más eficiente para la acción política en situaciones concretas.

Ambas consignas muestran "visiones" distintas de la movilización; "*Verdad y Justicia*" transmite una reivindicación directamente vinculada a la violación y reparación de los DDHH violados despegada de previsiones acerca de lo más políticamente conveniente ante la coyuntura, mientras que "*Para que el pueblo decida*" se dirige a impactar a la sociedad para que asuma su participación en resolver las cuestiones sociales y políticas.

En su base, las dos consignas refieren a una carencia que le es común, o sea la negación legalizada al reclamo de aplicación de la justicia, esa carencia compartida actúa como factor de igualación entre sus proponentes que, aunque heterogéneos deben "soportarse" en tanto buscan la unificación de sus fuerzas para un MPR más consolidado.

Entonces, es en términos de la articulación entre las necesidades "de adentro" y la imagen "hacia afuera" que las diferencias internas de los grupos se toman secundarias dada la necesidad de enfatizar a partir de la situación interna del Movimiento.

A su vez, la fuerza a alcanzar en lo simbólico por la imagen externa del MPR redundaría en reforzar la unificación e igualación interna, reduciendo los efectos discordantes externamente observables.

Es en referencia a ello, que nuestros entrevistados hablan de un gran entendimiento interno emergente de la ruptura de estereotipos que hubiesen imposibilitado formar el MPR con representantes de organizaciones tan heterogéneas.

Con ello coincide asimismo, como construcción de la imagen "hacia afuera", la preocupación del MPR en sus apariciones públicas de presentarse como una única "voz" que es transmitida solo por sus presidentes o su secretario, de no contestar las agresiones de la oposición, de dar a conocer en cambio los logros de su movilización (número de firmas obtenidas, los distintos sectores sociales, políticos, religiosos, ocupacionales que se adhieren, etc.) y el no aparecer como una organización partidista.

Tales requerimientos de la imagen "para afuera" y "de afuera" del MPR son contexto para que el juego de sus conflictos internos de poder, mas o menos

encubiertos y aceptados, reelaboren las posiciones encontradas, procurando asimismo la mayor representatividad que es clave de su consolidación y peso político.

#### A modo de conclusión

El objetivo del MPR centrado en la derogación de la "Ley de Caducidad" para que actúe la Justicia, no apunta a nada esencialmente nuevo ya que lo que se demanda es la puesta en marcha de un engranaje jurídico estatal largamente institucionalizado en Uruguay.

Su movilización se centra no en conseguir algo nuevo, ni en formar una "nueva ciudadanía" que lo reivindique, sino en reclamar el funcionamiento del aparato judicial existente mediante la participación de una ciudadanía que tradicionalmente estuvo "socializada" para ejercer los derechos que hoy reclama.

No obstante, lo que es nuevo es la apertura de un espacio "aparte pero cercano" de las organizaciones partidarias desde donde se reivindica necesidades que fueron tradicionalmente custodiadas por los partidos y el Estado.

Ese espacio de unidad formado por un agrupamiento heterogéneo y multisectorial responde a un proceso de interrelación de los planos internos y externos del MPR donde los conflictos internos reelaboran sus posiciones encontradas a favor de la unificación e igualación interna la que, sin acotar la representatividad de sus miembros, consolida una imagen externa eficaz para la expansión y ubicuidad política del Movimiento.

La alternativa del MPR es practicar un ejercicio directo de la democracia para obtener la exigida legitimación legal y social que permita traspasar una franja de peligro para el mantenimiento de la institucionalidad como lo es imponer el enjuiciamiento a los infractores de los DDHH.

Sin embargo, esa reivindicación cuyo contenido ha sido tradicionalmente base de los partidos y demás grupos organizados, es para éstos un tema cuyo tratamiento y acción más profunda les está vedado, so riesgo de la vigencia democrática que es condición de su existencia.

Es entonces en ese espacio, donde se recombinan las fuerzas políticas interesadas en apoyar los soportes institucionales y éticos de la sociedad, donde se juega la proyección socio-política del MPR: alcanzar sus objetivos o constituir una acción meramente testimonial.

demidad como concepto límite u horizonte que permite pensar la realidad y actuar sobre ella con vistas a una sociedad ideal que es necesario realizar. En el siglo XVIII aparece con nitidez lo que sería la utopía básica del iluminismo, lo que Hinkelammert llama "la utopía de la libre espontaneidad de la vida social", mostrando como ideal aquella sociedad en la que el rasgo fundamental es la libertad ilimitada en un orden espontáneo.

Durante todo el siglo XIX y gran parte del XX, este horizonte utópico no es discutido ni seriamente problematizado sino que se mantiene como referente básico del antagonismo entre los distintos proyectos político-económicos que intentan realizarlo: El *liberalismo*, propone, por un lado, el fortalecimiento del mercado y de la propiedad privada, a los que se les asigna una "mano invisible" que ordena espontáneamente las relaciones entre individuos autónomos; por otro, la marginación del Estado, ya que no se ven como posible su abolición, que queda reducido al Estado Gendarme garante del automatismo mercantil. El *socialismo* propone, por el contrario, la planificación y la colectivización de la propiedad, pero también la supresión del Estado, como instituciones eficaces para realizar la utopía del orden espontáneo bajo la sociedad comunista. Desde una concepción radical de la utopía, el *anarquismo* niega que ésta pueda ser realizada por institución alguna, pero esta visión antiinstitucional no puede dar lugar a la formulación de proyectos políticos concretos; sólo puede proponer, como lo hace, la abolición del Estado y de la propiedad privada, la destrucción de la sociedad burguesa, pero asumiendo la base utópica de su ideología. Finalmente, el *nazi-fascismo*, aunque reacciona contra el racionalismo y contra las concepciones totalizantes, desplaza la idea de "espontaneidad" hacia una "libertad de guerra" y denuncia como moral de esclavos la ética universal de derechos humanos. La libertad es voluntad de poder a través de la guerra.<sup>1</sup>

C) Bajo todas sus formulaciones, la utopía de la libre espontaneidad de lo social, en la medida en que se vincula a la idea de progreso, se convierte en un horizonte real, no ya como simple posibilidad, sino como históricamente necesaria, como meta que indefectiblemente se habrá de alcanzar. Esto ha desembocado a menudo en la exigencia de su realización "de una vez por todas" a través de una ruptura radical con el presente, que desde una ética de la convicción se interpreta como la invocación a "la fuerza definitiva que ha de traer consigo la aniquilación de toda

violencia."<sup>2</sup> Esta "proximidad imaginativa de la revolución social" constituye una de las coordenadas decisiva de la modernidad.<sup>3</sup>

Con frecuencia, la concreción práctica de estos proyectos rupturistas ha desembocado, paradójicamente, aún en concepciones profundamente antiestatistas, en un fortalecimiento del Estado que asume poderes totales precisamente, bien para preparar las condiciones para su muerte (Stalin) o bien para evitar todo poder absoluto en el futuro (Hayek).<sup>4</sup>

## II. La posmodernidad

Proponemos para el caso de la llamada cultura de la posmodernidad, los siguientes rasgos característicos:

A) Ocaso de los grandes relatos, en el sentido de rechazo de las visiones omnicomprensivas de la realidad originadas en el siglo XIX. "El gran relato —dice Lyotard— ha perdido su credibilidad, sea cual sea el modo de unificación que se le haya asignado, relato especulativo, relato de emancipación,<sup>5</sup> y este último en particular, como narración, "pierde sus funtores, el gran héroe, los grandes peligros, los grandes periplos y el gran propósito".<sup>6</sup>

Junto con el rechazo de la visión unificadora, se niega el concepto mismo de totalidad, considerado como potencialmente totalitario, en cuanto oculta la inevitable complejidad de un mundo radicalmente fragmentado, en el cual "cada grupo ha llegado a hablar un curioso lenguaje privado".<sup>7</sup> En este sentido se emprende la tarea de desconstrucción de la concepción de una unidad social que ya ha dejado de

2 Weber, Max. "La política como vocación" en "El político y el científico", Madrid, Alianza Ed. 1972, pág. 166.

3 Anderson, Perry. "Modernidad y Revolución" en Casullo, Nicolás Comp. "El debate modernidad pos-modernidad", Bs. As., Puntosur Ed. 1989, pág. 103.

4 Aunque conocidas, conviene transcribir las palabras de Stalin al respecto: "El más elevado desarrollo posible del poder del Estado con objeto de preparar las condiciones para la muerte del Estado: ésta es la fórmula marxista". Por su parte, Hayek, comentando las recientes dictaduras latinoamericanas, señala: "Cuando un gobierno está en quiebra y no hay reglas conocidas es necesario crear las reglas para decir lo que se puede hacer y lo que no se puede hacer. Y en estas circunstancias, es prácticamente inevitable que alguien tenga poderes absolutos. Poderes absolutos que se deberían usar, justamente para evitar y limitar todo poder absoluto en el futuro". Entrevista a "El Mercurio", Santiago de Chile, 12 de abril de 1981.

5 Lyotard, Jean-François, "La condición posmoderna", cátedra, Madrid, 1987, pág. 73.

6 Lyotard, Jean-François, Op. Cit. p. 10.

7 Bruner, Juan José. "La modernidad y el futuro de América Latina" en materiales para el debate contemporáneo, Montevideo, Clach, N° 14, pág. 22.

1 Hinkelammert, Franz. "Utopía y proyecto político. La cultura de la posmodernidad", en Nueva Sociedad N° 91, Caracas, 1987.

existir y que no podrá ser restaurada por la falsa homogeneización que impone la racionalidad formal. El entramado social se encuentra formado por un número indeterminado, pero siempre plural, de jugos de lenguaje que obedecen a sus propias reglas. "Se trata de aceptar la irreductible pluralidad de juegos de lenguaje sin aspirar a acuerdos o consensos que no sean temporales o locales."<sup>1</sup>

Sin totalidad a la cual referirse, los hechos históricos carecen de significado. La historia humana, que ya no es asumida como empresa colectiva, ni siquiera puede ser pensada. Se pierde el marco de referencia histórico, el pasado y el futuro se diluyen y sólo se vive el presente en su forma más inmediata.

B) Secularización del mundo, pero esta vez en relación con la modernidad y las certezas heredadas del imaginario iluminista. Si la modernidad es el desencantamiento del mundo, la cultura posmoderna es el "desencanto del desencanto".<sup>2</sup> Ya no se cree que la totalidad del proceso social pueda ser comprendida a través de un solo paradigma, a la vez que sostiene que tras toda teoría que lo intente es posible buscar intenciones totalitarias, ya que toda pretensión de verdad esconde pretensiones de poder. El desencanto con el poder conlleva la secularización de la política que se desdramatiza. Se privilegian los momentos instrumentales de la práctica política, sobre los simbólico-expresivos, lo que genera un déficit de sentido al renunciar aquella a la función de construcción de identidades colectivas y de ordenación de las acciones en compromiso con principios éticos e ideológicos.

C) Fin de las utopías y de la idea de progreso. La creencia en la "redención" suele corresponder a visiones monistas de la realidad social y no conoce condiciones empíricas ni mediaciones entre el presente y un futuro que sólo es valorado en cuanto discontinuidad absoluta. El posmodernismo, en cambio, al considerar a las relaciones sociales como atravesadas por distintas racionalidades, ya no se propone romper definitivamente con el sistema, sino sólo reformarlo. Hay que entender el reformismo —dice Lechner— "como una concepción desencantada del proceso social".<sup>3</sup>

La pérdida de fe en un futuro radicalmente nuevo, tiene como contrapartida una revalorización del presente y una permanente referencia al realismo

como conformidad con ese presente, ya que lo realizable aparece fuertemente vinculado a lo real existente. Como reacción al utopismo, la política se vuelve el "arte de lo posible" y lo históricamente necesario se desplaza del futuro al presente a través de la coacción que ejerce "la fuerza de las cosas".

Creemos muy adecuado señalar, si pretendemos que esta cultura de la posmodernidad puede ser encontrada en nuestros países, lo que Brunner sostiene en el sentido de que la "confusa bruma" posmoderna no puede ser, en América Latina, fruto del agotamiento de la modernidad, sino más bien, de la "exasperación con ella, con sus efectos infinitamente ambiguos, con su internacionalismo inevitable, con sus distorsiones y con los problemas que plantea para el futuro desarrollo de la región".<sup>4</sup>

### III. Aplicación de las categorías

A los efectos de nuestro trabajo, creemos que puede ser útil recurrir parcialmente al análisis desarrollado por Norbert Lechner sobre los procesos de redemocratización del Cono Sur,<sup>5</sup> y su ubicación en un contexto internacional marcado en lo ideológico por el surgimiento de la cultura promoderna. Distinguiremos dos períodos: a) de 1968 hasta los golpes de estado, y b) desde la reinstitucionalización democrática hasta 1989.

#### Uruguay

a) 1968-1973. Este período estaría signado por la culminación de lo que Lechner denomina "la inflación ideológica de los 60", que surge como respuesta a los efectos contradictorios que el proceso de modernización tuvo en Uruguay. Especialmente a partir de mediados de la década del 50, el conocido agotamiento del ciclo de ascenso de la industria sustitutiva de importaciones, la crisis de la producción agropecuaria y su estancamiento, el desplazamiento de los capitales hacia el sector financiero, la aceleración de la inflación y el endeudamiento externo, señalan el comienzo de un proceso de redistribución del ingreso fuertemente regresivo. Este proceso, de gran impacto sobre las amplias capas medias urbanas que habían crecido al amparo del estado de bienestar, tendrá como efecto más visible el creciente deterioro de la situación social y económica de grandes sectores populares.

Los primeros síntomas de pauperización, en una sociedad como la uruguaya, desacostumbrada a

1. Mardones, José María. "Modernidad y posmodernidad", en *Materiales para el debate contemporáneo*, Montevideo, Clach, Nº 15, pág. 17.

2. Lechner, Norbert. "El desencanto posmoderno y nuestra cuestión política", en *relaciones* Nº 55, Montevideo, 1988, pág. 13.

3. Lechner, Norbert. Op. cit., pág. 15.

4. Brunner, Juan José, op. cit., pág. 73.

5. Lechner, Norbert. "La democratización en una cultura posmoderna", en *Materiales para el debate contemporáneo*, Montevideo, Clach, Nº 16.

grandes distancias sociales y tempranamente secularizada, se tradujeron en el cuestionamiento de la legitimidad del orden vigente, con el riesgo consiguiente de atomización, y en un creciente antagonismo social. El surgimiento en nuestro país de la guerrilla urbana y el cambio de rol de las FF.AA que las lleva a asumir un progresivo protagonismo, puede ser enfocados como dos formas distintas de buscar la reunificación del proceso social a través de visiones totalizadoras. En un caso, apelando al poder cohesivo del mito revolucionario cuya concreción en la sociedad socialista, haría extensibles a todos los principios universales de democracia material; en el otro, a través de la invocación a mecanismos de identidad colectiva muy generales, tales como la "nación" o la "civilización occidental y cristiana".

Si entendemos a los actores como recíprocamente determinados por la mutua referencia en la práctica política, es posible encontrar en ambas organizaciones, algunos rasgos comunes:

i. Privilegio del momento religioso de la política, a través de la sacralización de los principios como absolutos, lo que se traduce en la formación de fuertes identidades colectivas y solidaridad al interior del grupo. Cuando mayor sea esta cohesión, más se tenderá a la demonización del adversario, ya que, como dijimos, los sujetos políticos en esta situación se constituyen como tales recíprocamente, a través del distanciamiento mutuo en la práctica política.<sup>1</sup>

ii. Resignificación de la utopía, como horizonte posible y por ello "necesario" históricamente, con la consiguiente valorización del futuro y olvido del presente. Por su inevitabilidad, la determinación de fines sociales queda sustraída del debate público, y la decisión acerca de los medios, con la consecuente problematización de las condiciones y relaciones de fuerza imperantes en el momento, queda sometida a una racionalidad puramente valorativa.

iii. Visión totalizadora, que se proyecta a las relaciones sociales, pero no como instancia articuladora de las distintas racionalidades involucradas en toda su complejidad, sino como extensión de una determinada racionalidad, propia de una organización a toda la vida social. Esto es particularmente claro para el caso de las FF.AA.

En el curso de la investigación, trataremos de probar que estos rasgos pueden ser efectivamente atribuidos al discurso político de los principales actores políticos en el período considerado, o al menos a grupos importantes y bien diferenciados de actores.

b) 1985-1989. El proceso de democratización que cierra el período autoritario en el Uruguay, se

desarrolló a través de sucesivas etapas de transición, las últimas de las cuales estuvieron marcadas por la consecución de acuerdos entre los principales actores políticos por medio de la concertación. No es nuestro propósito describir las condiciones bajo las cuales esta transición tuvo lugar, ni dar cuenta de las distintas racionalidades involucradas en el proceso, cosa que por otra parte, ya ha sido abundantemente debatido. Nuestro interés radica, más bien, en el análisis de aquellos elementos característicos del período, que permitan determinar si la actual forma de hacer política es distinta a la del período preautoritario, y en tal caso, si ella puede corresponderse, por lo menos a nivel del discurso de los actores, con el "discurso posmoderno" construido como tipo. Es por ello que mencionaremos aquí solamente algunos de los rasgos que tomaremos en cuenta en la investigación y que, a primera vista, nos parecen característicos del discurso político en la actualidad, sin perjuicio de los resultados que arroje la investigación.

i. Secularización de la práctica política, por oposición al mesianismo revolucionario y autoritario. La legitimidad es desvinculada de la absolutización valorativa y el ámbito de la política se convierte en espacio de negociación libre de otro compromiso ético que el de respeto por las "reglas de juego" entre una pluralidad irreductible de actores políticos.<sup>2</sup> En un "mercado político" fuertemente guiado por la racionalidad instrumental, en el que se niega la posibilidad de acuerdos éticos sustanciales, todos los bienes aparecen como transables y lo valioso, en todo caso, es remitido a los aspectos procesales de conformación de transacciones. Durante el debate sobre la ley en la cual el Estado resigna toda indagación sobre violaciones de Derechos Humanos en el Uruguay durante un largo período, se invoca desde distintos sectores una "ética de la responsabilidad" que justamente corresponde al privilegio de la racionalidad puramente instrumental y que acusa como "irresponsable" cualquier propuesta apoyada en la racionalidad valorativa. El tema de los derechos humanos llega incluso a plantearse como susceptible de una "solución" política pocos días antes del referéndum popular contra la citada ley, nada menos que por el líder de la coalición de izquierdas.

Durante este período se constata otro de los rasgos que consideramos característicos: La desaparición del debate público, de la discusión en torno a los marcos ideológicos más amplios capaces de unificar y dar sentido a las prácticas políticas concretas. Los actores políticos, desde que se perciben como

1 Lechner, Norbert. "Especificando la política" en *Crítica y Utopía*. Bs. As., 1982, pág. 43.

2 Lechner, Norbert. "Especificando la política" en *Crítica y Utopía*, Bs. As., 1982, pág. 43.

una pluralidad irreversible, no aspiran a acuerdos o consensos más que circunstanciales o temporales, y sobre asuntos muy puntuales y específicos. Es por eso que la concertación en la salida a la democracia no fue, como señala Filgueira<sup>1</sup> “un intento de institucionalizar una nueva y definitiva práctica de intermediación política”, ya que sólo las circunstancias pueden señalar –o no– la conveniencia de recurrir a ella. Además, tampoco la concertación reclamó “ningún principio de legitimidad alternativo al sistema pluralista dominante”, porque ella no es más que consecuencia de este pluralismo que no se puede, pero tampoco se quiere revertir.

ii. Realismo por oposición al utopismo de la década del 60. La pregunta acerca de lo que es “históricamente necesario” es sustituida por la indagación de lo “políticamente posible”. El presente es revalorizado en relación a un pasado al que no se desea volver y a un futuro que por ser incierto, es peligroso. El elogio del presente se basa en gran medida, en el Uruguay, en el elogio de la certidumbre. Sin reflexión sobre la sociedad que sería deseable alcanzar y sin fuertes cuestionamientos de rasgos estructurales actuales, lo realmente existente se convierte en necesario. El presente es recuperado pero como “escatología realizada”<sup>2</sup> por lo que no se ve como necesario plantear estrategias de cambio –al menos en lo político– sino más bien de consolidación. En el período postautoritario parece bastante claro que la invocación al realismo desemboca en la desvalorización de la acción política informal que pasa a ser descalificada como voluntarista o coactiva. Se reafirman los procedimientos puramente formales de la democracia política, pero el principio de soberanía popular que lo fundamenta, es desvalorizado públicamente, aunque se canalice por vías institucionales legítimas como en el caso del referéndum, a favor de la reivindicación de mecanismos puramente representativos o, incluso, de la sustracción de la discusión finalista de cada vez más cuestiones públicas que pasan a ser tratadas como problemas resolubles técnicamente.

Algunos de estos rasgos anotados podrían, aparentemente, encontrarse en entredicho con el reciente surgimiento, en la proximidad de los comicios nacionales, de un conjunto de discursos que de distinta manera apuntan a una retematización del cambio. Entre ellos, los más notorios son el del candidato presidencial del batllismo, Dr. Jorge Batlle, y el

último discurso del Movimiento de Liberación Nacional.

En cuanto al discurso del Dr. Batlle, éste se configura como una invocación de difusas esperanzas, junto con planteos típicamente tecnocráticos, que se limitan a la elección de estrategias y a la correcta utilización de medios para alcanzar metas prefijadas. Los fines son deliberadamente sustraídos del debate público, ya sea por el escamoteo directo o por una tematización reducida a la necesidad de una esperanza sin utopía, y los medios que se proponen –atractivos en su simplicidad– contribuyen a desplazar de la discusión a los objetivos mismos, que por lo demás, son siempre concretos y puntuales. Para pagar la deuda externa, por ejemplo, basta vender el oro; la discusión sobre la conveniencia de la venta de las reservas, escamotea el problema de la legitimidad de la deuda y deja de lado la cuestión de si ésta debe ser pagada o no, e incluso de si su pago es posible.

El MLN reaparece en la escena política de la redemocratización haciendo importantes esfuerzos por insertarse formalmente dentro del funcionamiento institucional de los partidos políticos y es en este marco donde se encuadra su solicitud de ingreso a la coalición de izquierdas. Ultimamente, sin embargo, su discurso ha sufrido un desplazamiento importante, volviendo a explicitar una cierta desvalorización del accionar político institucional y de los mecanismos representativos. Su crítica de las tácticas acuerdistas ha alcanzado incluso duramente a la misma izquierda. Pero esta nueva insistencia en un perfil que busca diferenciarse de lo político–institucional, parece en la situación actual, correr riesgos crecientes de aislamiento respecto a los restantes actores, generándose un discurso que inclusive busca expresamente legitimarse como orientado primariamente hacia el interior de la misma organización, que así parece cerrarse sobre sí misma.

Creemos entonces, que aparece como plausible sostener como curso de investigación, nuestra impresión acerca del creciente aislamiento, cuando no inexistencia virtual, de discursos que en este período persisten en visiones totalizadoras basadas en los relatos emancipadores característicos de la modernidad.

Brevemente, para el caso de Uruguay, podemos sintetizar nuestras hipótesis como sigue: i. Desde el año 1985, cuando se reinstaura en el Uruguay el régimen democrático, el discurso político ha venido sufriendo globalmente un desplazamiento a lo largo del eje modernidad–posmodernidad, en dirección a ésta última. ii. Es posible constatar que dicho desplazamiento presenta una intensidad diferencial según la posición de los actores políticos que emiten el discurso en el espectro ideológico derecha–izquierda. iii. El discurso político de actores autoidentifica-

1. Filgueira, Carlos. “Mediación política y apertura democrática en Uruguay” en Uruguay y la democracia vol. III, Montevideo E.B.O., 1985, pág. 66.

2. Mardones, José María, op. cit., pág. 11.

dos con posiciones ideológicas de izquierda ha sufrido un desplazamiento de intensidad relativamente mayor que el de aquellos autoidentificados con posiciones de centro y derecha.

### Argentina

a) 1976–1983. A partir de 1975 el gobierno de Isabel Perón entró en un peligroso vaciamiento de poder y el lenguaje político fue reemplazado por el lenguaje de las armas. Ello produjo una privatización creciente de la vida cotidiana y nuevas formas de relación entre los individuos y los centros de decisión política.

Sin llegar a conformar un bloque político homogéneo, el partido militar, los sectores eclesiásticos y las élites civiles autoritarias actuaron durante muchos años de un modo convergente.

Más allá de metas de largo alcance –refundación del Estado– sus formas organizacionales, sus formas discursivas específicas y sus objetivos coincidieron en bloquear la participación y la creatividad social. Para su logro –como una forma regresiva del proyecto político-cultural– intentaron elaborar ideologías en torno a “la esencia de lo argentino”, “el ser nacional”, “la tradición”, “la vuelta a la Argentina del trigo y las mieses”; el fin fue delimitar el campo de lo socialmente modificable para excluir y castigar a los “otros”.<sup>1</sup>

Señalaremos alguna de las concepciones “salvacionistas” propuestas por el gobierno autoritario y que muy rápidamente se mostraron inviables:

i. La definición constitucional que debían ocupar las fuerzas armadas en el nuevo esquema institucional. Se trataba de lograr un juego político que implicase retirar a éstas de un prolongado y desgastante ejercicio del gobierno para que no resultare afectado su reconocimiento social; se debían lograr entonces formas de control y estrategias políticas que permitiesen formas consensuales.

ii. Aplicar reformas al sistema de partidos políticos, fuerzas o movimientos que permitieran articular un circuito de dirigencia partidaria localizado en las élites políticas conservadoras en primera instancia, o bien la ruptura de los partidos tradicionales que permitiera la cooptación de sus miembros. Contribuía a esto el hecho de que las altas dirigencias políticas –salvo honrosas excepciones– habían visto siempre con cierta complacencia o se habían prestado a colaborar en los distintos gobiernos autoritarios.

iii. Deconstruir el movimiento obrero y debilitar el “poder sindical” en el marco del diagnóstico neoconservador en el que se planteaba la necesidad de

separar las corporaciones laborales del Estado y trasladar la problemática de los derechos sociales a la esfera de los mecanismos del mercado. Se intentó su fragmentación, la prohibición de organizaciones sindicales y el retiro de poder y recursos materiales a la dirigencia sindical.

iv. La construcción de dispositivos de resocialización que implicaran un “cambio de mentalidad” y la legitimación de un eje político de individuación y reconocimiento mutuo acorde con las pautas de poder que se intentaban construir.<sup>2</sup>

Es que la invocación a un pasado “caótico” constituyó una verdadera lucha contra la memoria histórica, donde una especie de amnesia cubrió lo sucedido. Sin embargo, al llevar hasta extremos desconocidos la represión contra la sociedad, la institución militar en su conjunto terminó siendo percibida por una gran parte de los sectores sociales como una agrupación con intereses facciosos.

Si bien el efecto de ciertas políticas fue fagocitado por el conjunto de la sociedad argentina, percibimos la persistencia de algunos mensajes en las prácticas de la cultura popular.<sup>3</sup>

Hacia 1980–82 se comienzan a diluir los efectos de encubrimiento que habían favorecido la acción del partido militar, cuya existencia misma había quedado oculta detrás de la neutralidad que se atribuye a los aparatos de Estado. Consecuentemente con esto pasaron a ser considerados los militares como una “fracción política” más.

Algo muy similar ocurrió con los grupos eclesiásticos quienes perdieron credibilidad y su influencia sobre las altas dirigencias de los partidos políticos se diluyó. Encontramos por un lado el simbolismo que amalgamaba “comunismo, sexualidad y diablo”, estrategia que resultaba generalmente exitosa, y por otro lado los invocadores se reflejaban, ya que habían quedado demasiado asociados a los años de violencia y muerte.<sup>4</sup>

b) 1983–1989. El período de transición democrática en Argentina y la reconstrucción de un discurso político modernizador, podemos dividirlo en tres períodos:

1 Foucault, Michel. “Vigilar y castigar”, México, siglo XXI, 1978, pág. 179 y sgtes.

2 Landi, Oscar. “Reconstrucciones. Las nuevas formas de la cultura política”. Bs. As., Puntosur, 1988, pág. 185 y 189.

3 Queremos resaltar la idea de Landi “sobre la particular vivencia del tiempo en todos estos años... desde su política económica, sumergió a amplios sectores sociales en el descubrimiento del corto plazo” op. cit., pág. 25. Es nuestra imagen que esta “velocidad”, este “cambio constante” idea elaborada por la posmodernidad, este “inmediatismo” ha permeado la práctica social en el conjunto de la sociedad.

4 Sidicaro, Ricardo. “Notas no decadentes sobre decadencias y emergencias” en Fahrenheit 450, Bs. As., Nº 3, 1987.

i. El primero de ellos comprendería 1983-85, cuya característica fundamental fue la recomposición de un consenso normativo que reconstruyera la erosión que había provocado el período anterior en lo que se refiere a crisis de legitimidad y paralelamente crisis de motivación. Los dirigentes radicales emprendieron la implantación de nuevas reglas de juego político cultural y de participación de algunas instituciones. Esas nuevas reglas son la condición que favorece la emergencia de nuevos actores sociales, la que permitió sin embargo una combinación entre viejos protagonistas renovados y nuevos actores que conformaron su identidad en las nuevas condiciones de democracia.

En lo político, un nuevo sistema de prácticas caracteriza a la Argentina de este período. Por un lado, la convivencia de dos partidos tradicionales que incorporan a la vida nacional una nueva clase política relativamente homogénea que hace coincidir sus propios intereses con la defensa de la institucionalidad democrática; por otro, el fortalecimiento de partidos de derecha dispuestos a dejar de lado prácticas golpistas, lo que supone un cuestionamiento a las élites autoritarias tradicionales y su reemplazo por un nuevo tipo de dirigencia que acepta las reglas del juego democrático.

ii. El período 1985-87 es un momento de quiebre, de crisis económica e incertidumbre con el debilitamiento del peso de las doctrinas de acción política. La respuesta desde el Estado es la introducción en el discurso político de la problemática de la modernización del país, cuyo concepto incluía informática, cambios de leyes laborales, cambio territorial de la capital, ley de divorcio, etc. La principal consideración que hacemos respecto de este tema es el intento de destrabar la política argentina construida principalmente en relación al pasado.<sup>1</sup> Recurriendo a Habermas, pensamos las implicancias que supone una cultura modernista contrapuesta a potencialidades frustradas. Este discurso modernizador supone una resignificación de las tareas económicas que tiende a desarticular la lógica político-cultural imperante y que había sido constitutiva de los principios de legitimidad gubernamental. Su fracaso produjo catastróficos efectos sobre la creencia en un futuro próspero y cierto.

iii. Los dos últimos años, 1987-89, fueron de un constante deterioro de la gobernabilidad por parte de la clase política y en especial del sector gobernante, la sociedad ingresó a una situación de "penuria de

sentido"<sup>2</sup> que alteró todas las formas de relación política, social y de interacción comunicativa, una anomia cuasi generalizada pautó las conductas sociales.

La necesidad de resignificar la política y consecuentemente reformular culturas políticas, se encuentra en un momento de impasse, entre lo producido por el discurso electoral de Carlos Menem y lo que ha significado sus primeros meses de gobierno, donde pensamos que el accionar político choca contra las tradiciones más antiguas del peronismo; así las sorpresas y las paradojas reemplazan las certezas del tradicional populismo peronista.

Con respecto a la primera hipótesis de nuestra investigación queremos señalar el corrimiento que sufrió el discurso de Alfonsín respecto de las prácticas sociales, los intentos de modernización de la sociedad bajo los imperativos del crecimiento económico y los logros organizativos del Estado determinaron una subordinación al pragmatismo y consecuentemente la pérdida de una acción comunicativa centrada en la reproducción y transmisión de normas y valores que la sociedad argentina necesitaba recuperar; las palabras presidenciales "con democracia se cura, se educa, se come", que en su momento produjeron confianza, al fracasar sumieron a la sociedad en el escepticismo.

Las contradicciones en las que recayó el gobierno en una sociedad aún fragmentada desde el punto de vista del consenso social tuvo sus costos. Quizás el ejemplo más claro sea la ley de obediencia debida que siguió a los sucesos de semana santa, lo que significó un serio desgaste de la credibilidad general respecto de la palabra presidencial "la democracia no se negocia, las libertades no se negocian".

Si bien existe coincidencia en que la defensa de los derechos humanos no está instalada como cuestión central entre las grandes mayorías, nadie puede medir hasta que punto tuvieron que ver en las derrotas electorales del radicalismo las leyes de punto final y de obediencia debida. El último sondeo reveló que el problema de si los militares deben purgar sus culpas en la prisión o deben ser indultados, no se encuentra entre las primeras quince preocupaciones de los argentinos. Pero la misma encuesta indicó que el 85% de los encuestados se manifestó en contra de la liberación de hombres como Videla o Massera, mientras ese porcentaje se elevaba al 91% si se hablaba de Firmenich.

1. Terragno, Rodolfo. "La Argentina del siglo XXI", Ministro de Obras Públicas quien habló de la Argentina del siglo XXI, para concluir con una Argentina del siglo XIX alumbrada a vela.

2. Habermas, Jürgen, "Modernidad versus postmodernidad" en Picó, Josep comp. "Modernidad y postmodernidad". Madrid, Alianza Ed. 1988, pág. 97.

Así "una sensación de ser oprimido por las exterioridades de la vida moderna".<sup>1</sup> hace del ciudadano argentino un ser cada vez más indiferente a su entorno social, como consecuencia de ello, la palabra que rige la vida y el discurso político del presidente Menem es "solidaridad".<sup>2</sup>

Las propuestas discursivas durante este último período electoral oscilaron entre la promesa de la modernización representada por Angeloz y la advocación a la esperanza realizada por Menem; triunfó este último con el apoyo de los olvidados de siempre. La parte morocha de esta tierra se rebeló contra la soberbia de los europeístas, contra los negociadores indignos, contra los maestros de la capitulación y el "no se puede".<sup>3</sup>

La ambigüedad se vuelve a instalar en la sociedad argentina, reaparece la explicación, el carácter del todo provisional, de una arbitrariedad bastante alejada de la posibilidad de construir un ejemplo ético. El discurso presidencial reabre la brecha y el espectro ideológico derecha-izquierda sufre un corrimiento a favor de lo primero. La presencia de Bunge y Born en la determinación de la política económica y las figuras tradicionales de la U.C.D. en los entes autónomos, alejan la posibilidad de un gobierno de centro-izquierda. El doble referente del discurso, sin embargo aparece: "Yo les pido que me sigan, hermanas y hermanos de mi patria. Siganme que no los voy a defraudar"; el recurso central del discurso fue exitoso. En su primera alocución como presidente electo, Menem se refirió a la situación económica: "Si no conseguimos el desarrollo de nuestro potencial económico, es muy difícil que consigamos la paz social. La paz tiene un nombre-agregó parafraseando al Papa Juan Pablo II- desarrollo".<sup>4</sup>

Los símbolos tradicionales del peronismo se van diluyendo; de un pasado estatizador pasamos al redimensionamiento del Estado. La lectura podría continuar: la apropiación de las temáticas modernizadoras del excandidato radical no deja, por lo menos, de causar estupor.

En Argentina, la izquierda es sólo una referencia simbólica, los partidos socialistas, comunistas y sus variaciones han terminado fagocitándose. Quizás como en ningún otro lado de América Latina, en Argentina quepa la frase de Galeano "la izquierda con

vocación suicida". El 2,5% reunido por la coalición Izquierda Unida es un claro ejemplo de lo afirmado anteriormente, la marca de los setentas, la demarcación del "campo popular" y la cooptación de los intelectuales de izquierda por parte de los dos partidos tradicionales, han impedido una recomposición de un discurso de izquierda.

Indudablemente, en Argentina el sistema se autolegitima en base a la optimización de sus actuaciones, es decir, que legitima la eficacia y el poder. Así, el "contrato temporal" (Picó) suplanta las instituciones permanentes. Se apunta así a una flexibilización del sistema que permite toda serie de juegos políticos, "la tentación de cooptar a algunos hombres de la élite, puede llevar a la clase política a desdibujarse frente a la sociedad e incorporar a su seno "Caballos de Troya", cuya propensión al despotismo ha sido, en múltiples ocasiones puesta en evidencia".<sup>5</sup>

#### IV. A manera de conclusiones

La comparación de la transición a la democracia entre Argentina y Uruguay ofrece la posibilidad de cotejar dos actitudes y percepciones muy diferentes respecto del pasado nacional.<sup>6</sup> Mientras en Uruguay significó la exigencia del reencuentro con las tradiciones democráticas, en Argentina el espejo fue la limitación histórica de la clase política, e impidió un manejo acertado no sólo de las instituciones, sino también de los nuevos actores sociales que emergieron con un discurso emancipador.

Los partidos políticos tradicionales han desplazado sus discursos hacia un "posibilismo" y un "realismo pragmático", en especial aceptando las doctrinas neoliberales en economía, y en política un discurso fragmentado que implica la pérdida de una racionalidad ético-cognoscitiva. Las similitudes a las cuales apuntamos es el nacimiento de un tipo de insipidez o falta de profundidad, un nuevo tipo de superficialidad o simulacro a la invocación popular, simplificado en la imagen "voten y regresen a sus casas, dejen gobernar a los que "saben". Desde una concepción elitista de la política se va creando una especialización cada vez mayor, se aliena la práctica colectiva separando la esfera política de la social, se de-construye el potencial crítico- creativo y se lo reemplaza por el pasivo-consumista, los partidos políticos y sus dirigentes buscarán optimizar el "producto electoral". "Se tratará entonces de diversificar al máximo la oferta agregando todas las reivindicaciones que se consideran electoralmente rentables, sin importarles su heterogeneidad. Los partidos

1. Frisby, David. "Georg Simmel: Primer sociólogo de la modernidad", en Picó, Josep, comp., op cit. pág. 63

2. Sobre las connotaciones y la historia en Europa de este símbolo palabra, volveremos en otro trabajo.

3. Soriano, Osvaldo. "Un destino sudamericano", Página 12, Nº 597 15 de mayo de 1989.

4. La Nación, octubre 1989.

5. Sidicaro, Ricardo. Op. cit., pág. 39.

6. Landi, Oscar, op. cit., pág. 89.

abandonan su perfil ideológico para devenir máquinas electorales, a la vez un personal profesional de alta especialización desplaza a los antiguos hombres públicos".<sup>1</sup>

Así el sistema abre atajos de construcción, que sin afectar los sectores dominantes permite una forma de democracia que puede llegar a transformarse en el centro de la administración, por supuesto sectores tienden a transformar los problemas políticos en problemas de administración, la producción política responde entonces desde un sa-

ber técnico, esto en una sociedad como las nuestras empobrecidas y excepticas implica que debemos repensar si se puede contener la demanda social ¿dónde quedan los marginados excluidos que no pueden ser integrados socialmente?

¿Podremos seguir pensando los caminos más cortos, menos riesgosos, más disciplinados que tienen que ver más con la técnica que con la creación? o podremos colocar la política en un lugar privilegiado con respuestas no convencionales y una práctica popular sintetizadora de las demandas sociales.

---

1 Lechner, Moulian y Flisfich. "Democracia y desarrollo en América Latina" Grupo Editor Latinoamericano, 1985.